

HISTORIA DE LAS IDEAS Y DE LAS MENTALIDADES

Presentación de la Sección

Editor: Ligia Madrigal Mendieta

ligiamadrigal@hotmail.com



v En esta edición de *RTN* (núm. 168, abril, 2022), la Sección “Historia de las Ideas y de las Mentalidades”, presenta el trabajo “Documentos, Sociedad e Identidad. Una Reflexión desde la Realidad en Nicaragua”. En este ensayo se muestra la importancia de los archivos para estudiar la dinámica social. Archivos, Sociedad e Identidad son tres elementos intrínsecos de una misma dimensión: la ineludible actitud del ser humano por reconocerse en su pasado y es a través de los documentos que puede hacerlo.

Como siempre, invitamos a los investigadores a publicar sus trabajos en este ámbito de la historia, en este espacio de *RTN*. ■

Documentos, Sociedad e Identidad. Una Reflexión Desde la Realidad en Nicaragua

Ligia Madrigal Mendieta

Tomado de *Revista de la Academia de Geografía e Historia de Nicaragua*, tomo LXXI (71), octubre, 2011, pp. 243-253.

RESUMEN

Los archivos documentales no son únicamente un instrumento burocrático a la espera de los investigadores de la historia. Son producto del quehacer y la dinámica social, pues están vinculados hondamente a las decisiones y a los giros dramáticos que la historia presenta como tema de estudio el día de hoy.

Existe una vinculación entrañable entre estos documentos compilados en un archivo y ese quehacer constante de la sociedad en busca de sus aspiraciones, en la tarea incesante por satisfacer sus necesidades más sentidas: la felicidad, la vida, el derecho de la propiedad, etc. Y, a su vez, es posible reconocer que esto está entrañablemente ligado al sentido de identidad colectiva que la sociedad alimenta día a día teniendo a la historia reflejada en esos documentos como hilo conductor, en el cual se reconocen todos los seres de una sociedad.

Invariablemente, la sociedad vuelve a la historia, a su pasado con el propósito de reconocerse en el mismo, en los actos que lo llenan, que se han elaborado en momentos cruciales o no del pasado; y de ese mismo pasado extrae los documentos que lo revelan. Archivos, sociedad e identidad son tres elementos intrínsecos de una misma dimensión: la ineludible actitud del ser humano por reconocerse en su pasado y es a través de los documentos que puede conocerlo.

El archivo refleja la historia vivida que la sociedad pretende, día con día desentrañar del olvido, y al mismo tiempo con ello elabora el instrumento a través del cual se reconocen los individuos de toda sociedad; ese es el pasado, es la historia. Es decir, los actos colectivos a través de los cuales el ser humano decide su vida, su futuro y le da sentido a su pasado para reconstruirlo.

El trabajo que pretendemos elaborar vuelve al examen de esa relación entre los archivos que actualmente recopila expresiones materiales del pasado de la sociedad con el propósito de hacer historia que es un instrumento de la identidad colectiva.

DOCUMENTOS, SOCIEDAD E IDENTIDAD

Los documentos son, por antonomasia, las fuentes para el estudio del pasado y aunque algunos de poca imaginación no lo entiendan aun, esto no tiene que ver con posiciones “positivistas”. Personalmente no creo que en Nicaragua se haya escrito alguna vez una historia de este tipo. Lo que hace que el manejo de documentos históricos y su trabajo e interpretación sea aún una tarea pendiente.

La intensa actividad administrativa que se vivió en Nicaragua desde que esta fuera fundada hasta el día de hoy, ha promovido la confección de infinidad de documentos de todo tipo, en especial de carácter político. Documentos que en buena parte no han sido incorporados a los quehaceres investigativos de la historia de Nicaragua. Sin embargo, no interesa enfocarnos en ese tema sino en otro que ha estado más oculto. Este tiene que ver con la posesión básica de la documentación y su debida preservación como fuente de la memoria colectiva en función de la identidad nacional, un aspecto necesario en todo país para consolidar el espíritu nacional.

Siempre que pensamos en cultura nacional o identidad evocamos las costumbres de la sociedad, la ejecución de las fiestas patronales, las creencias, los usos y otros; pocas veces reparamos en el acervo documental que nuestra sociedad ha sido capaz de producir a lo largo de su historia y que le pertenece como algo consustancial a su espíritu de nacionalidad y como producto de su intensa vida. Pero es lógica esa actitud en nuestra sociedad, pues no hemos aprendido a preservar el documento histórico como una producción original, vernácula: mucho menos a relacionarlo con la identidad nacional.

De ahí que surjan muchas preguntas a esta afirmación. ¿Cuál es la relación de aquellos documentos como el Acta de los Nublados, el contrato con el filibustero, el texto del Kupia-Kumi y tantos otros con nuestra memoria colectiva o la identidad? ¿Acaso tengan estos mismos un aporte en la construcción de la identidad nacional? ¿Qué tipo de relación establecen los documentos de la historia de Nicaragua con lo folclórico, lo típico, lo nacional? Si acaso fuera así, ¿desde cuándo debemos reconocer esa relación? ¿Ha sido desde siempre? Esto es, como vemos, un tema profundo que es necesario abordar en función de promover las medidas necesarias para la preservación del documento como posesión colectiva de la sociedad cuyos giros del pasado lo hicieron posible.

Cuando los españoles llegaron a Nicaragua en 1523 redactaron documentos acerca de la realidad que empezaba a vivir el país y de la que ya habían vivido antes las sociedades indígenas. Los documentos de toma de posesión que elaboraron Gil González Dávila y Andrés Niño son una muestra de ello. Pero también se empeñaron en documentar la historia pre colonial de los pueblos

indígenas buscando su origen, por ejemplo, en el trabajo de Gonzalo Fernández de Oviedo y Bobadilla y tantos otros cronistas.

Desde aquel momento los sucesos de la provincia y la república posterior fueron documentados reflejando en ellos decisiones vitales, acuerdos políticos, informes acerca de una realidad; en fin, todo aquello que reflejaba el modo de ser, la forma de tomar las decisiones, la manera de llevar a cabo su propia vida. En esas decisiones se habrían reflejado creencias o habrían estado determinadas en sus formas discursivas por elementos de cosmovisión de la sociedad.

Es decir, por elementos propiamente culturales que son muy caros y sentidos para los nicaragüenses. Esa realidad es la que pretendemos ahora mismo descubrir en nuestro trabajo, pues creemos en la conexión intrínseca entre esos documentos históricos y la identidad de un país, cualquiera que sea.

DOCUMENTOS Y QUEHACER VITAL

El instrumento básico para hacer pervivir el recuerdo o los sucesos de la historia es la escritura. No quiere decir esto que los pueblos ágrafos no tengan un pasado que conservar, pero la escritura ayudó a los pueblos a preservar su pasado de mejor manera dependiendo menos de los mitos y las leyendas. La escritura les permitió iniciar una construcción del pensamiento con elementos más definitivos y estables.

La escritura se empezó a utilizar para reflejar las decisiones del poder, darlas a conocer y preservarlas ante la memoria de la colectividad. Por eso hemos de acceder al hecho que todo documento que se elaborara a partir de ese momento tendría efectos sociales y permanentes en la sociedad. Nuestra historia patria comenzó a escribirse bajo la premisa que el pasado instruye para la construcción del futuro. Al menos, así lo concebía el historiador Francisco Ortega Arancibia:

Siendo la historia la maestra de la vida, es indispensable que, en sus útiles enseñanzas, la luz de la verdad del pasado alumbre con todo su esplendor el camino del futuro por donde tiene que marchar la humanidad, para que la juventud sepa huir de los escollos en que dieron sus antepasados, y para que las sociedades puedan encontrar el bienestar que buscan en su constante agitación.⁴²

En cuanto al uso del documento, Ortega Arancibia no es el mejor ejemplo, pues muchos de sus escritos apelan al recuerdo de lo vivido que se almacena en la memoria; y le otorga al documento un uso, quizás, secundario. Pero eso no

⁴² Francisco Ortega Arancibia: "Nicaragua en los primeros años de su emancipación política". *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, núm. 120, septiembre, 1970, p. 2.

niega que se había reconocido una imperiosa necesidad por reconstruir el pasado en los documentos y retenerlos, pues se tenían desde ya como prueba física de los acontecimientos.

Un ejemplo de esto es cualquiera de las ordenanzas reales que se dieron a conocer en la naciente provincia de Nicaragua para regular las relaciones entre las diferentes etnias que existían en el país. Igual sucede con aquellos documentos de toma de posesión que refieren parte de las circunstancias del nacimiento de nuestra nación y, por supuesto, la presencia de los conquistadores en nuestro suelo. Ellos mismos, en su afán por interpretar el origen indígena de la sociedad, habrían llevado a cabo entrevistas para conocer esas circunstancias.

Es la tarea que realizó Francisco de Bobadilla, quien deja ver de dónde habrían partido los pueblos originarios.⁴³ Este documento estableció, definitivamente, nuestro origen mesoamericano y la conexión de nuestros pueblos con los grupos mexicanos de donde procedían. Ante las publicaciones que se han hecho de esta obra, el historiador Jorge Eduardo Arellano habría señaló: “deseamos que estas ediciones aumenten y tengan una mayor promoción y que una inmensa mayoría de los nicaragüenses pudieran afirmar estas palabras de Rubén Darío: *En Oviedo [...] supe de nuestra tierra antigua y de sus encantos originales*”.⁴⁴

Por otro lado, el texto de muchas de las ordenanzas reales era extraño, quizás, para los indígenas; pero lo obedecían o hacían el esfuerzo por obedecerlo partiendo del hecho que habían perdido la guerra y la obediencia debida a sus dioses que los habían condenado de esa manera. En esto se conjugan no solo el texto de los documentos españoles presentados, sino también la realidad adversa que rodeaba a los indios junto con sus creencias religiosas.

Aunque debemos señalar que es muy particular el caso de la sociedad nicaragüense en donde, a pesar de las diferentes ordenanzas que se emitieron para evitar la relación entre negros africanos e indios, estos hayan encontrado la manera de burlar lo dispuesto y establecer una relación tan estrecha que conllevó la fusión de dos fuentes étnico-culturales del mestizaje que ahora conocemos. Quizás ello tenga que ver con el verdadero espíritu de El Güegüense que ya estaba

⁴³ La versión aludida la recrean cronistas como Antonio de Herrera, Juan de Torquemada; además de las presentadas por Bobadilla y Oviedo. Coinciden en señalar su consulta con los “alcahuetes”, la figura de las dos montañas en medio de una laguna y, por otro lado, el hecho de haber emigrado por grandes necesidades como el hambre, el sometimiento, entre otros motivos.

⁴⁴ Jorge Eduardo Arellano: *Voces indígenas y letras coloniales de Nicaragua y Centroamérica*. Managua, Centro Nicaragüense de Escritores, 2002, p. 33.

presente en la sociedad. Al respecto, vale mencionar las opiniones de especialistas que lo señalan como el ícono de mestiza.⁴⁵

El rescate de textos coloniales fue y sigue siendo una tarea primordial de todo historiador, como sucedió con los textos de *El Güegüense* en el siglo XIX, el cual fue la prueba fehaciente de las bases de la nicaraguanidad, como señala el doctor Jorge Eduardo Arellano con los textos coloniales, pues “postulan la necesidad de establecer los orígenes a través de textos orales y escritos, populares y letrados, de la identidad indo hispana, por utilizar un concepto familiar a Augusto C. Sandino de nuestra cultura”.⁴⁶

Igual cosa habría sucedido con el texto de la Independencia o el Acta de los Nublados que provocaran tan confusas circunstancias en el momento y cuyos efectos se extendieron en forma de guerras civiles durante muchos años más. Las guerras civiles son reconocidas ahora como parte de un ambiente de cultura política que se generó desde aquellos días. En ese caso es importante notar que el documento oficial por sí mismo instituyó una realidad que perduró y es, de alguna manera, la explicación de las raíces de la violencia en Nicaragua que tuvo hondas repercusiones hasta la actualidad en nuestra sociedad. Al respecto, es ilustrativo un editorial escrito a mediados del siglo XIX:

*Desde nuestra independencia de la España hasta el año de 1856 no disfrutamos un periodo de tres años de paz, ni de dos, ni de uno tal vez ni de momentos, porque cuando el cañón no tronaba anunciando el exterminio era porque exhaustos de combatir, nos parábamos a cobrar aliento para nuevos combates.*⁴⁷

Lo mismo se puede decir de cualquiera de las constituciones políticas que se hayan firmado en la era republicana del país, especialmente la de 1854 cuando la sociedad se vio nuevamente sacudida por la guerra civil hasta llegar a la permanencia de extraños que amenazaron la integridad del país. El trauma que dejara la Guerra Nacional trajo consigo la redacción de una nueva constitución política, cuyo texto y documento fue, para muchos políticos del siglo XIX, el mejor y más estimado. Hermenegildo Zepeda, uno de los legisladores del momento señalaba:

deberíamos congratularnos recíprocamente porque hemos merecido la confianza del pueblo para formar su Código fundamental. Deberíamos

⁴⁵ Es necesario señalar los trabajos realizados por Carlos Mántica, Jorge Eduardo Arellano, entre otros.

⁴⁶ Jorge Eduardo Arellano: *Voces indígenas y letras coloniales de Nicaragua y Centroamérica* (2002), op. cit., p. 7.

⁴⁷ “Un editorial de ayer para reflexionar ahora. La paz”, en *Revista Conservadora de Pensamiento Centroamericano*, núm. 72, septiembre, 1966, p. 3.

*vanagloriarnos de ser escogidos como sus intérpretes para consignar en aquel Código santo su voluntad expresada [sic] por nuestros labios.*⁴⁸

Cada uno de esos ejemplos documentales revelan cómo el texto oficial escrito perduró con sus efectos especialmente por el hecho que la sociedad nicaragüense está volcada al quehacer político y con ello establece una actitud frente al poder y frente a los temas más sensibles de su vida. Lo que lo ha llevado plenamente a elaborar un fino hilo conductor entre los sucesos históricos que le ha tocado vivir.

La llamada identidad nacional nace en el inconsciente reconocimiento que esos sucesos históricos generaron como una influencia poderosa sobre el espíritu colectivo. Pues, de una u otra manera, el suceso y las decisiones tomadas en el transcurso del mismo se oficializó en un documento y afectaron la vivencia personal y colectiva. La importante producción documental del periodo decimonónico, debido a la intensa actividad política, especialmente las guerras, y el nacimiento el Estado como aparato regulador, dejó un notable acervo histórico documental, cuya principal lección, en aquellos momentos, era evitar caer en los errores del pasado. Así lo mencionaron los historiadores del momento:

*Si los graves errores cometidos en los cien años que conmemoramos han sido retardatarios y han acumulado pesimismo en la mente y desmayos en el corazón, empeñémonos en que el siglo que va a empezar pueda resarcirnos de tan hondos males para que no resulten definitivamente estériles los sacrificios de nuestros padres, y la obra de la patria.*⁴⁹

Es evidente que el texto del documento adquiriría mayor valor cada vez, especialmente en las cuestiones políticas. Esto explica la actitud de los conservadores por la firma de acuerdos políticos con los agentes de la intervención norteamericana y la generación de nuevos conflictos militares como la guerra de 1926.

Los liberales de la generación de 1926 no fueron a la guerra solamente porque Emiliano Chamorro haya provocado “el lomazo”, sino porque estaban impelidos por la idea que el texto de la Constitución de 1911 les asistía e hicieron suya aquella propuesta. El reclamo por la “constitucionalidad” se volvió, de

⁴⁸ Hermenegildo Zepeda: “La Constitución del año 1858”, en *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, núm. 72, septiembre, 1966, p. 5.

⁴⁹ “Pinceladas en el primer centenario de la Independencia”, en *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, núm. 120, septiembre, 1970, p. 9.

pronto, un argumento vital en sus manos que provocó, por un lado, la guerra civil y posteriormente el movimiento de liberación nacional de Augusto C. Sandino.

La perdurabilidad del mensaje escrito se hizo sentir en estas circunstancias como también en otros momentos de la historia de la humanidad. Este fue el temor del fundador de la dinastía somocista al negarse a inscribir el periodo del movimiento de liberación nacional a la historia oficial del país, pues el temor a la influencia negativa que su conocimiento pudiera generar contra el mismo sistema, como en verdad sucedió en su momento. Respecto a las obras de Carlos Fonseca y su labor de rescatar textos perdidos relacionados con la gesta de Sandino se escribe:

*perseguía recobrar en su más precisa dimensión política, la gesta, el pensamiento y la magnitud histórica del General de Hombres Libres, por tanto tiempo sometida al ocultamiento, la deformación y la calumnia enemigas o al folklorismo y la caricatura de los fariseos.*⁵⁰

Así, pese al intento de Somoza García por ocultar todo el periodo de seis años de guerras que asolaron el país, evitando inscribirlo en la historia oficial del país, entró en funcionamiento la historia oral que, generación tras generación, llevó hasta años después la noticia del conflicto suscitado entre 1927 y 1934. Valga esto para mostrar la diferencia que hace lo escrito de lo que ha quedado en el recuerdo. El documento escrito ha demostrado a través de la historia una poderosa influencia en el modo de vida de cada sociedad y no hablamos solamente de aquellos documentos escritos como el Corán o la Biblia, sino de simples textos que se habrían escrito en una hoja de papel cualquiera pero que provocaron giros importantes en cada momento. Estos habrían dado vida a documentos históricos en los cuales la sociedad se reconoce no tan solo por las preferencias políticas que reflejara, sino también porque se han terminado reconociendo como parte entrañable del pasado.

El documento escrito ya forma parte, invariablemente, de la historia común de un pueblo, se constituye en la base de ese espíritu colectivo de nacionalidad que integra a todos y revive constantemente su pasado. De ahí que la permanencia de la historia en el tiempo presente de cada sociedad sea una actitud indeclinable pues nada puede construir sin tomar en cuenta el espíritu del pasado que marca a aquella sociedad.

EL PESO DE LOS DOCUMENTOS HISTÓRICOS EN LA MENTALIDAD COLECTIVA

⁵⁰ Carlos Fonseca: *Obras*. Tomo II: "Viva Sandino". Managua, Editorial Nueva Nicaragua, 1985, p. 13.

En nuestro quehacer cotidiano recurrimos a hábitos, costumbres y usos elaborados en el pasado: el santiguado, el complicado ritual funerario y todas las miles formas de convivencia que no han sido elaboradas en el presente, sino solamente socializadas; es decir, aprendidas por la colectividad en su contacto con las generaciones anteriores. Es decir, la historia o rasgos de la historia vuelven al presente. Igual sucede con la noción de los documentos escritos, aunque no siempre tengamos conciencia que estos existan o influyan en nosotros.

Pero el caso es que el texto de los documentos amolda nuestro quehacer cotidiano, igual que las costumbres que repetimos constantemente, pues nuestro sistema de vida aún se acopla al texto de aquellos documentos del pasado. Un ejemplo de esto es que nuestra sociedad conoció de las nuevas dimensiones de la democracia con la abolida constitución de 1893, pero a su vez este espíritu fue retomado por las constituciones posteriores, muy a pesar del deseo de los conservadores por retroceder unos años.

En esos mismos años encontramos la actitud de la sociedad creyente ante el recientemente instituido “matrimonio civil”, que fue rechazado por aquellos, pero fue adoptado por otros no tan creyentes y haciendo de esto parte normal de la convivencia social. Igual sucede con las nuevas regulaciones acerca del trabajo y el capital reflejadas en el Código del Trabajo y la Seguridad social emitidas en la década del 40 por el régimen dictatorial de Somoza sobre cuyos textos construimos nuestra legislación de hoy en día. O la naturaleza laica del Estado que se asentó constitucionalmente después de un largo proceso en la Constitución de 1893.

De manera que ya fuera por coerción o porque la sociedad lo consideró necesario e inevitable, fue asimilando lo acordado y presentado en un texto escrito a su manera de vivir, sin mayores argumentos. Si revisamos la sociedad actual encontraremos en ello que los gestos, las costumbres, las creencias que ahora sostenemos en ese espacio intangible de nuestro ser, fue alguna vez escrito en un documento como un acuerdo que debía ser tomado en cuenta y puesto en práctica.

El periodo de crisis que viviera la capital provincial de León en la segunda mitad del siglo XVI conllevó a que las autoridades reales decidieran trasladarse progresivamente a residir en Granada. Con ello se dieron disposiciones para trasladar la Caja Real, es decir, aquella institución que se encargaba de cobrar los tributos a la población. Esta decisión no tuvo repercusiones inmediatas, pero se fue acoplado en la mentalidad de la época como una callada contradicción que explotaría en los años posteriores a la Independencia como una contienda entre

ciudades y que tanta relevancia llegó a tener en la mentalidad decimonónica como el localismo geográfico que tantas guerras despertó en el país. Es decir, no hubo nunca un nombramiento para cambiar la capital de la provincia durante la colonia, pues eso conllevaba una disposición no solo real sino también eclesiástica, pero si hubo el traslado de funciones claves hacia Granada que le dieron el funcionamiento de capital.

Y aquel proceso fue generando una abierta competencia entre leoneses y granadinos por demostrar ser el mejor recinto para la capital. Así, a pesar del traslado de León en 1610 y el inicio de construcción de la nueva catedral que le reinstalaba como capital provincial, las autoridades siguieron por un tiempo residiendo en Granada, lo que marcó el curso de los años siguientes entre las dos poblaciones. Ese conflicto entre las ciudades, como sabemos, se fue exacerbando en la medida que se publicaban nuevos documentos que incentivaban al odio y a la confrontación. La pertenencia a una u otra ciudad era ya un incentivo en la mentalidad colectiva muy fuerte y si a eso agregamos otros documentos que representaban el sentir de nociones simbólicas más sentidas como lo religioso, el conflicto era aún más grave. Un ejemplo de ello lo encontramos en el documento emitido por el padre Pedro J. Chamorro de Granada en contra de las autoridades de León.

La vitalidad del pasado de una sociedad está, pues, reflejada en esos documentos que se escribieron en cada momento de su pasado. En ellos se refleja y está documentada la fundación del país que ahora conocemos, la naturaleza de sus gentes que se fue conformando en ese mundo de relaciones sociales que se pretendió regular conscientemente; en los actos rituales que cumplió rutinariamente (tanto anual como mensual y día a día) y que quedaron registrados en los documentos de la iglesia o en cualquier otro documento oficial.

BIBLIOGRAFÍA

ARELLANO, Jorge Eduardo: *Voces indígenas y letras coloniales de Nicaragua y Centroamérica*. Managua, Centro Nicaragüense de Escritores, 2002.

ORTEGA ARANCIBIA, Francisco: "Nicaragua en los primeros años de su emancipación política". *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, núm. 120, septiembre, 1970.

"Pinceladas en el primer centenario de la Independencia", en *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, núm. 120, septiembre, 1970.

"Un editorial de ayer para reflexionar ahora. La paz", en *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, núm. 72, septiembre, 1966.

ZEPEDA, Hermenegildo: "La Constitución del año 1858", en *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano*, núm. 72, septiembre, 1966.

Historia de las mentalidades: una nueva alternativa

Rolando Mellafe Rojas

Departamento de Ciencias Históricas

Universidad de Chile

Reproducido de Mellafe Rojas, Rolando. Historia de las mentalidades: una nueva alternativa. Revista de Estudios Históricos, Volumen 1, N°1 Agosto de 2004

Podríamos definir la historia de las mentalidades simplemente como la historia del acto de pensar, siempre que entendamos por pensar la manera que el ego tiene de percibir, crear y reaccionar frente al mundo circundante. No es pues la historia del pensamiento, ni de la cultura, por lo menos como se han entendido hasta hoy. Aunque nos disguste pretenderlo las palabras anteriores resultan una definición, como tal —y de común ocurrencia en estos casos— no encierra toda la profundidad ni las dimensiones del objeto definido. Quisiéramos ser más explícitos y más amplios y a ello dedicaremos gran parte de las páginas que siguen.

Las palabras “mente” y “mentalidad” provienen del latín, pero han vivido una larga y apasionante aventura hasta llegar a ser aceptadas, usadas y comprendidas por la generalidad de los parlantes del mundo occidental. Actualmente, en efecto, cualquiera persona la usa en una conversación corriente para referirse a algo parecido a la preocupación de la historia de las mentalidades y más o menos lo mismo que expresa en su definición el Diccionario de la Lengua Española, de la Real Academia, que al respecto dice: “Capacidad, actividad mental. Cultura y modo de pensar que caracteriza a una Cultura una persona, a un pueblo, a una generación, etc.”.

En el ámbito humanístico y científico, en cambio, su uso es más cuidadoso y tímido en un principio. La palabra “mentalidad” es primeramente empleada por los filósofos ingleses —especialmente del siglo XVII— para designar la cualidad de la síquis. Más tarde el iluminismo encuentra en ella, a través de Voltaire en su

Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones

de 1745, un uso más cercano a las reacciones pensantes de la sociedad. Pero recién la expresión completa su riqueza relativizaste por el año 1900, con Marcel Proust, cuando escribe: “Mentalidad me gusta. Es como esas palabras

nuevas que se lanzan”. (Citado por Le Goff, 1974, Pág. 76). El autor de *En busca del tiempo perdido*,

la utiliza para designar un cierto estado psicológico, entre morboso y expectante, detenido en la penumbra de lo normal y de lo excéntrico, inmovilizado por la fuerza del acontecer, fatalmente histórico, simple y lógico.

La tonalidad compleja y especial que le dio Proust a la expresión “mentalidad” siguió rondando largo tiempo entre investigadores y escritores de principios del presente siglo. No tuvo mucha suerte en psicología. En las ciencias humanas, fue Lucien Lévy-Bruhl quien la empleó primeramente para definir algo concreto, en su obra *La mentalité primitive*

(1922). Su objeto, es importante hacerlo notar, no fue la realidad actual, ni el comportamiento psicológico mayoritario de la sociedad. Por algún tiempo esta tendencia parece haber marcado la tónica de los estudios sobre mentalidades. En efecto, examinando incluso a los autores considerados como los primeros teóricos de la historia de las mentalidades, Lucien Febvre(1938), Georges Duby (1961) y Robert Mandrou (1968), descubrimos que se preocupan por situaciones que podríamos considerar excéntricas del acontecer humano, por lo menos como lo expresa la historia tradicional. Sus grandes temas fueron las crisis de todo orden, las epidemias, la muerte, el milenarismo, las visiones pervertidas del mundo, fobias sociales, etc. Es claro, como suele suceder en la dinámica del desarrollo científico, a poco andar, nos dimos cuenta, por una parte, que aquellas cuestiones excéntricas constituían gran parte de las vías e indicadores para descubrir los ejes centrales del andamiaje de la historia, por otra, que la riqueza de sus posibilidades iba invadiendo los modos de comprensión del pasado.

Actualmente la historia de las mentalidades tiende un puente entre la historia como ciencia y las demás expresiones de las ciencias humanas, además es un nuevo camino —ya que los que existían parecen borrados desde hace tiempo—que la unen de otro modo con la filosofía. Sea como fuere, ante una historia tradicional de corte clásico o positivista, ante la opaca historia montada sobre ideologías políticas que vino posteriormente, en fin, ante un cierto cansancio de la rutina cuantitativa, la historia de las mentalidades aparece ahora como un refrescante remanso.

Le Goff (1974, pp. 79-80) agrega aún, “Pero la historia de las mentalidades no se define solamente por el contacto con las otras ciencias humanas y por la emergencia de un dominio rechazado por la historia tradicional. Ella es también un lugar de encuentro de exigencias opuestas, que la propia dinámica de la investigación histórica actual fuerza a dialogar. Ella se sitúa en el punto de

conjunción de lo individual y de lo colectivo, del tiempo largo y del tiempo cotidiano, de lo inconsciente y de lo intencional, de lo estructural y de lo coyuntural, de lo marginal y de lo general”.

Los tiempos históricos son múltiples, pero yendo al terreno de las generalizaciones —no tenemos otro modo- podríamos decir que hasta hace poco los historiadores se las habían arreglado para restringir las posibilidades del tiempo histórico de una manera que llegaba hasta una peligrosa limitación de la ciencia histórica como auto generadora de sus propias perspectivas y métodos, es pervivir, se estaba limitando sus capacidades de pervivir como ciencia. Los historiadores estábamos escribiendo una historia sumamente estrecha, no solamente en términos temporales sino también en la profundidad y en el ámbito de la comprensión del acontecer. Escribíamos comúnmente sólo la historia de los hechos conscientes y racionales, preponderantemente masculina, urbana, del acontecer político y del acontecer feliz (Mellafe, 1981).

Puesto así el problema pareciera que la historia de las mentalidades está dedicada a recopilar todos aquellos aspectos atractivos, brillantes, peligrosos y polémicos, deslizándose ansiosamente sobre la imaginación dirigida. Usando para sus construcciones los relaves y residuos de la historia tradicional, más aquellos “no sé qué” inexplicables de las ciencias humanas y de la filosofía. Podría ser, por ello, dicen sus detractores, sólo una aventurada y peligrosa expresión de la historia, puesta de moda por algunos infaltables inconformistas de las últimas generaciones. Es por esto, agregan sus críticos, que la historia de las mentalidades no puede exhibir aún una obra verdaderamente convincente, ni una metodología específica.

La crítica no puede ser tan simple ni tan rotunda. Es verdad que al preocuparse de tantos y variados objetos, al recibir tan variadas influencias y métodos —que van desde la ecología a la siquiatria— no ha podido aún, y quizás nunca podrá, crear una metódica sintética que unifique sus procedimientos. Pero en un mundo

científico cada vez más complejo, que está encontrando en el pensamiento histórico uno de sus recursos finales, quizás lo más cuerdo y apropiado sea no poner límites ni uniformidad al método. Es esto lo que básicamente la historia acaba de descubrir en alguno de los baúles de su buhardilla y es precisamente la poderosa dinámica de la historia de las mentalidades. De este modo, esta “historia ambigua”, como se le ha denominado, posiblemente sea la más poderosa y rica expresión de la historia.

Los historiadores tenemos el mandato original —vicio personal muchas veces--de descubrir cuáles y cómo son las relaciones del hombre con sus iguales y con el mundo circundante. Esto lo hacemos estudiando las acciones de los hombres que vivieron en otras épocas, pero también con las de los hombres que

murieron sólo hace unos años, con los que vivieron ayer y con los que viven hoy. Notamos así que estas relaciones cabalgan en móviles muchas veces idénticos por décadas generaciones, aunque también otros de ellos de pronto cambian lenta o repentinamente. Cuando lo descubrimos estamos en presencia de una de las principales variables de la historia de las mentalidades, el tiempo. El tiempo transcurrido con una misma experiencia, si queremos ponerlo de otro modo, el tiempo absorbido por cada una de las experiencias que resultan de las acciones del hombre. Es esta ya una variable bastante compleja, pero la historia de las mentalidades debe aún encontrar la manera de desglosarla en una gama casi infinita de posibilidades, de allí que no pueda adoptar a priori ningún método y de allí también su poder creador. Veamos, brevemente, tres de estas variables del acontecer: tiempo largo y tiempo corto, individuo y multitud, hecho singular y hecho plural.

Cuando alguien muere, ¿cuánto tiempo expresado en millones de años está presente en este hecho? Alguien que muere en un minuto dado del día de hoy — hecho histórico sin duda— no podría pretender que su experiencia es la primera ni la última de su especie. Dependiendo de su cultura, sociedad, religión, etc., su muerte estará rodeada de distintos ritos, símbolos y costumbres y en todo ello estará sintetizado un tiempo muy largo de repetición del hecho histórico de su muerte. Al estudiar el significado de estos ritos, símbolos y costumbres, aflorará una parte importante del contenido histórico mental de este largo tiempo, que por lo demás será confirmativo de una vida individual y de una cultura. Si hacemos esta indagación realizamos en verdad un contrapunto entre un tiempo corto, que es el proceso de la muerte de un hombre y un tiempo largo, que sintetiza el tiempo de morir en la historia y que se expresa en los mencionados símbolos, ritos y costumbres mortuorias.

Es oportuno agregar que el tema de la muerte ha sido, y con seguridad seguirá siendo, uno de los más importantes de la historia de las mentalidades (Tenenti, 1952; Aries, 1975 y 1977; Stanard 1977; Chaunu, 1978, etc.). Ha traído también una saludable renovación de las fuentes en que los historiadores buscan información, haciendo corriente el uso de documentos notariales como testamentos y codicilos, obras teológicas, devocionarios y escritos de religiosos, junto con interrogatorios y juicios de inquisidores; por otra parte, íconos, grabados y pinturas, canciones, poesías y dichos populares, relatos de sueños, etc., materiales todos que recogen expresiones vitales de hombres que generalmente no actúan en “tiempos” acordes con la simple cronología política o económica.

Diríamos entonces que la historia de las mentalidades aunque puede motivarse en “tiempos cortos”, e incluso en un hecho singular de efímera presencia temporal, encuentra su campo de cultivo en el “tiempo largo”. No es, por supuesto, una novedad en la historia. Los investigadores dedicados a la historia económica, social o de la población, están habituados a moverse en la misma forma y con idéntica concepción del acontecer, si se quiere, monótonamente en el tiempo. Por ello no es extraño ni casual que algunos de los más destacados de estos historiadores sean también considerados entre los primeros cultores de la historia de las mentalidades: hablamos, por ejemplo, de Lucien Febvre (1941, 1948, 1951, 1953) o Marc Bloch (1924, 1968).

Queremos subrayar que, por lo menos una parte de la historia económica de hoy, incluyendo aquellas tendencias del más sofisticado refinamiento estadístico, como es el uso de los “modelos” de la New Economic History, no sólo se desarrolla en el mismo largo campo temporal que la de las mentalidades sino de varios modos se unen y comprenden, al considerar la historia económica que muchos de los hechos repetitivos y cuantitativos con que trabaja pertenecen al unísono al campo de lo económico y de la ritualidad arquetípica. Producir yardas de tejido, comprar pan o pescado, no son sólo actos que alimenten a una dada economía de mercado y componen una especial curva de precios, sino con su cotidiana reiteración configuran también una serie de actos simbólicos que reiteran en el hombre una cadena infinita de acciones “originarias” de su accionar mental (Mellafe, 1982).

Algunas sociedades, o sectores de ellas, se desarrollan durante generaciones, siglos a veces, empujadas por las mismas ideas matrices. Pareciera que las acciones que perpetúan fueran de más larga duración mientras más cerca están de acumulaciones mentales primordiales que el hombre hace en su inconsciente colectivo. Históricamente entonces ¿cuánto tiempo demora una sociedad en cambiar de mentalidad? ¿Cuánto tiempo los habitantes de un país permanecen adheridos a una estructura dada del pensamiento? Difíciles o inconclusas respuestas pueden tener estas preguntas. Por lo general, los cambios que se detectan en las estructuras adyacentes a las mentales —de larga duración demográfica, social o económica— nos dan la pauta de los síntomas del cambio de mentalidad. No quiere decir esto, necesariamente, que el cambio del tiempo histórico mental deba ser el mismo que el de los precios o el de una concepción sobre la producción, la enfermedad o la muerte. Fernand Braudel (1958) nos da algunos buenos ejemplos de largas pervivencias mentales en el campo de la cultura: la civilización latina del Bajo Imperio (Curtius, 1955), la incredulidad Rabeleciana (Lucien Febvre, 1943), el impacto de las Cruzadas en Europa (Dupront, 1959), etc. Nosotros mismos, conjuntamente con el profesor René Salinas, en el caso de Chile rural, hemos tenido que remontarnos a principios del siglo XVIII para detectar el origen de algunas actitudes mentales, que estaban

en plena vigencia en el siglo pasado y forman aún parte del sustrato original del chileno (Mellafe, Salinas, inédito).

Sin embargo, para los vericuetos de la historia de las mentalidades no sólo es útil la metrología temporal lineal. El tiempo lineal, especie de tenso hilo de Ariadna, no sirve para todo ya que precisamente por su poderosa rigidez no permite establecer planos y dimensiones entrecruzadas. ¿El tiempo en que un hombre —actor de la historia— duerme y sueña, es el mismo que transcurre mientras un mercader embarca trigo a tierras lejanas o un rey firma un decreto? Sin duda que no, el hombre que sueña está realizando un acto histórico de la mayor complejidad e importancia. Por una parte está, quizás, revisando los propios hechos de su vida, que lo inquietan y angustian, está reconstituyendo los afanes de un acontecer histórico cotidiano. Pero para hacer esto usa un catálogo simbólico que le proporciona su propio tiempo histórico, su sociedad y cultura, con lo que, en realidad, se está identificando con el pasado de su sociedad. ¿Podríamos imaginar un acto histórico más importante y a la vez más común y repetido? ¿Qué le sucedería a un pueblo que sus habitantes no tuviesen, a través de imágenes simbólicas oníricas, aquella autoidentificación constante, profunda e inconsciente, con su propia evolución?

Bartolomé Bennassar (1975) nos recuerda que la sociedad occidental, especialmente del siglo XIX europea y como nos la muestran los historiadores, vive sumida en el tiempo del trabajo, que deja sólo para cambiarlo por aquel de la revolución, es decir aquel en que se instaura una política diferente. Pero, agrega, existen también los tiempos de las ideas y del arte, además, el tiempo del sueño y aquel “tiempo de vivir”, que es la plegaria, la fiesta, la nutrición, el viaje, el amor. De este modo, la historia de la vida cotidiana, de las fiestas campesinas y religiosas, de las incredulidades y supersticiones, etc., es también parte de la historia de las mentalidades. Más aún, a partir de Huizinga (1930) y de Marc Bloch (1939), ha sido este aspecto el que ha dado los primeros ejemplos de su interés y validez (Kany, 1932. Defourneaux, 1963, etc.).

Entre las alternativas de la consideración del tiempo en la historia está también la variable del tiempo normal y del tiempo de crisis, un poco la historia fausta y la historia infausta. Esto enlaza de nuevo a una determinada perspectiva temporal con fenómenos históricos repartidos en una larga duración cronológica lineal; una también aquella perspectiva temporal elegida con la historia económica y de la población. La crisis, cualquiera que sea, en este sentido, debe entenderse que sucede cuando los hombres que estaban acostumbrados a percibir y a vivir de un cierto modo cambian bruscamente y comienzan a percibir y a vivir de una manera hasta ese momento desusada. En una curva de acumulación estadística

de hechos singulares, las crisis se muestran con un cambio repentino de su trayectoria o tendencia, en lo que puede ser una coyuntura positiva o negativa, pero de todos modos crítica. Cuando es negativa, seguramente los gobiernos caen, hay guerras, hambrunas, aumento de la muerte, miedo y angustia; es parte de la historia infausta. Cuando la coyuntura es positiva hay cambios que podrían conmovir los cimientos y las raíces culturales de una sociedad. En ambos casos se prueba la consistencia de las ideas y de las instituciones de un pueblo; en ambos casos las circunstancias hacen a las mentalidades retraerse a un apretado diálogo con los soportes de su existencia.

Ha sido la alternativa señalada arriba el cauce por el que muchos investigadores han recalado en la historia de las mentalidades o han aportado obras que se destacan como acertadas antesalas de ella: el aumento del sentimiento de la muerte por efecto de las epidemias (Bennassar, 1969), las crisis inducidas por catástrofes telúricas o económicas (Lefebvre, 1932. Le Roy Laurie, 1959-1960).

Aunque prácticamente todas las tendencias que hasta hoy se pueden notar en la historia de las mentalidades tienen algo que ver con una concepción diferente del tiempo histórico, hay en esta nueva expresión de los estudios del pasado otras influencias de mucha importancia: una de ellas es la demografía histórica. En los últimos veinte años la demografía como ciencia ha avanzado enormemente, acicateada quizás por la “explosión demográfica” y por los no muy claros fenómenos de “transición”, que de distintas maneras —según niveles de desarrollo económico— afectan a todo el mundo.

El gran desarrollo de la demografía también ha involucrado a la historia de las mentalidades, ya que es esta la que puede informar sobre aspectos evolutivos y comparativos de los delicados mecanismos de la población. La demografía estructural ha recabado insistentemente en estudios de mortalidad, fecundidad y natalidad que, históricamente, son en verdad expresiones matemático-temporales de la vida y de la muerte. ¿Podría imaginarse algo más trascendental para la consideración del pasado del hombre? Aquellos historiadores que hemos calculado los tramos del acontecer a través de longitudes de vidas, que hemos tratado de comprender el pulso de los nacimientos y de las defunciones, expresando todo ello meticulosamente en curvas logarítmicas, ¿Podríamos haber dejado de pensar qué significaba todo ello en términos culturales, políticos, mentales o “del tiempo de vivir”?

Con un poco de imaginación podríamos pensar que una curva logarítmica es como una larga fisura en la pared de la historia. Por tal motivo muchos historiadores cuantitativos de historia de la población han llegado a la historia de las mentalidades. El asunto puede explicarse mejor a través de un ejemplo. Hasta el año 1975 —recién ayer para un historiador— no conocíamos cuál podría ser la

expectativa de vida, por edades y al nacer, en el siglo XVIII. En ese año y el siguiente pudimos construir la primera tabla de vida que se conoce para Chile,

América, y en el mundo si no nos equivocamos, lo que inmediatamente nos obligó a reflexionar sobre profundos y apasionantes temas (Arretx, Mellafe, Somoza, 1975,1976). Antes de este logro sabíamos, por hipótesis, que en aquella época cualquier ser que venía al mundo podría esperar, como promedio, recorrer un tramo de vida no superior a los 30 años. Cuando tuvimos la confirmación y el detalle de este hecho, sin embargo, se nos aclaró la trascendencia histórica del fenómeno. Pudimos comprender cabalmente las consecuencias del corto tiempo de maduración del ego individual y colectivo de la sociedad, aquella intrigante “juventud” de la mentalidad de la época. Por ende, nos parecieron naturales fenómenos como lo dificultoso del florecer científico y cultural, los especiales modos de la transmisión cultural a través de las generaciones, el impacto de la constante presencia de la muerte, etc.

El aserto ya mencionado puede tratarse desde diversos ángulos de interés histórico. Es muy útil para la historia económica por ejemplo, ya que nos explica fenómenos como la baja productividad —por cortedad de horas-vida— de los trabajadores de esos años; las dificultades en la mantención de los bienes acumulados y la insistencia en la creación de formas de protección y continuidad de ellos, como los mayorazgos. Algo nos dice también, en este mismo sentido, del papel de la mujer en la formación de la riqueza mobiliaria, en vista que esta exhibe una notable mayor expectativa de vida.

Desde el punto de vista de la historia social no son menos los réditos obtenidos por la simple obtención de una tabla de vida del pasado histórico, si es que se puede llamar simple al complejo y sofisticado método que debe usarse. Lo primero que salta a la vista es el cambio del concepto de la edad, que aquella sociedad debió tener en relación a la nuestra. Si se debe nacer y morir en lapsos de menos de 30 años, la niñez, la madurez y la vejez son tramos de tiempo más cortos que los que caben en vidas actuales de más de 65 años. De allí deriva un especial sistema de crianza y educación, una temprana responsabilidad en la vida y una distinta consideración del viejo en la comunidad. Todo lo cual, naturalmente, repercute en la dinámica histórica de la familia y en las relaciones intra y extra comunitarias de esta y del individuo. Quizás no está demás llamar la atención sobre que todos los temas mencionados en ámbitos de lo económico y social rebasan en mucho a una simple conceptualización exterior y descriptiva de estas materias y recalcan en las posibilidades del ser y de la mentalidad de cada época. Parece desvirtuarse de este modo un aparente divorcio que parecía apartar a la historia económica y social de los estratos más profundos del devenir del hombre

histórico; la celosa metódica, objetiva, estadística y cuantitativa de estas ciencias se reincorpora a la médula de la historia.

Retornando, finalmente, a la idea de la crisis, el aumento brusco y pronunciado de la expectativa de vida al nacer en una sociedad es una coyuntura crítica positiva, de las más preñadas de situaciones de cambio y conflictos que pueda contener una evolución histórica. Cuando ello ocurre, así como cuando aumenta catastróficamente la mortalidad, se estremecen los patrones tradicionales de la convivencia, de la concepción que cada hombre tiene del mundo y de sí mismo. Este fenómeno comenzó a ocurrir en América Latina, pronunciadamente en Chile, a partir del decenio de 1930 y constituye, sin duda, una de las revoluciones —aún no terminada— más trascendente que haya sufrido el continente.

Como puede apreciarse la historia de las mentalidades ha incorporado métodos y principios científicos poco usuales hasta la fecha en la historia. Fuera de los ya mencionados, uno de los acervos más notables involucrados es el uso, cada vez más frecuente, de la psicología y del psicoanálisis. No podía ser menos, lo que básicamente le interesa a la historia de las mentalidades son los procesos mentales de los tiempos pasados y para llegar a ellos trabaja con estados de ánimo, expresados en símbolos, ideas y procesos imaginativos de aquel pasado.

El encuentro de la psicología y la historia se había venido produciendo a propósito de la biografía. Género histórico desprestigiado, especialmente desde que la historia orientó su vocación al estudio de la evolución de toda una sociedad mas que a la brillantez, espectacularidad o genialidad de un hombre singular dentro de ella. A menudo los cultores de la biografía ayudaron a la descendencia de género, especialmente cuando presentaban a seres erráticos en los espacios y tiempos históricos, que realizaban cosas singulares pero desvinculados de su época y cultura y, lo que es más grave, desprovistos de alguna problemática interior, huérfanos de la corriente del pensamiento colectivo de su tiempo.

A esta estéril narración de “vidas famosas” comenzó a oponerse lo que se dio en llamar “sico-biografía”, que hasta la fecha ha dado interesantes estudios: la doble personalidad del padre Las Casas (Menéndez Pidal, 1963), la personalidad de un líder industrial como Henry Ford (Jardin, 1971), la influencia de insanias mentales en la política (Beckman, 1966; Ragow, 1969), la influencia de personalidades rebeldes, como Rousseau, Lenin, Trotsky en la historia (Blanchard, 1967; Wolfenstein, 1967), etc.

El psicoanálisis, sin embargo, ha calado mucho más hondo en la historia de lo que podría parecer a primera vista. Ha ocurrido esto, en parte, porque algunos de los más importantes y también discutidos psicoanalistas incursionaron en la historia por la vía de la neurosis, de las personalidades simbólicas y de las imágenes arquetípicas, procesos que se gestan en circunstancias y “tiempos”

históricos bien definidos (por ejemplo, Freud y Bullitt, 1967). Yendo más lejos aún, C. G. Jung, en el Prólogo de sus Transformaciones y símbolos de la libido (Buenos Aires, 1952), reconoce en la historia la principal fuente enriquecedora del psicoanálisis y se declara aprendiz de aquella ciencia; la historia lo recibió con la algarabía y fanfarria que se merece.

Después de todo ello, cuando los historiadores dejaron atrás la sicobiografía y comenzaron a escribir “historia-sicoanalítica” el terreno estaba abonado. Por su parte los psicoanalistas recibieron con entusiasmo la iniciativa e incluso declararon que, en el fondo, su método era un método histórico (Klauber, 1968; Besançon, 1968). Al fin de cuentas ambas ciencias elaboran sus diagnósticos después de reconstituir “historias de vidas” y esto lo hacen a través de un procedimiento en que no está claro quién aprende de quién.

Existe en la actualidad un fluido intercambio entre la historia y el psicoanálisis. La historia adquirió con ello un campo ilimitado, que está entregando aportes de trascendencia: por ejemplo, las relaciones entre el inconsciente y los pueblos (Flottes, 1965), entre psicología de las masas, personalidad individual y el carácter nacional (Mazlish, 1968, Inkeles y Levinson, 1954), etc.

Como fácilmente puede deducirse los fuertes lazos establecidos entre la historia, la psicología y el psicoanálisis, a través de la historia de las mentalidades, tiene un efecto irradiante para la historia, que afecta desde el estudio del acontecer político, pasa por lo económico y social y llega a encontrarse plenamente con la realidad cultural y con aquella del “tiempo de vivir”. Lo que se puede lograr con todo ello es imprescindible, los investigadores que reclamábamos, por ejemplo, que la actividad mental del hombre que sueña es parte del acontecer histórico —repetitiva y simbólica si se quiere— tenemos ahora una rica gama de posibilidades de interpretación del sueño y de configurar su contenido y tendencia histórica. Es que, finalmente, la vieja madre de la ciencia que es la historia nos acaba de presentar su último engendro, una criatura genial, que crece y se agranda enormemente y que es la historia de mentalidades.

BIBLIOGRAFÍA

- Ariés, Phillipe, 1975. *Essais sur l'histoire de la mort en Occident*. París.
Ariés, Phillipe, 1977. *L'homme devant la mort*. París.
- Arretx, Carmen, Rolando Mellafe, Jorge L. Somoza. *Estimates of mortality among members of Religious Orders in Chile in XVII and XIX centuries*. CELADE. Santiago, 1975.

Arretx, Carmen, Rolando Mellafe, Jorge L. Somoza.

Mortality estimates in a parish of Santiago from orphanhood information. Ñuñoa, 1866-1871.

CELADE. Santiago, 1976.

Beckman, Alan. 1966. "Hidden themes in the Frontier Thesis: An Application of Psychoanalysis to Historiography". En, *Comparative Studies in Society and History*, 8: pp. 361-382.

Bennassar, Bartolomé. 1969. *Recherches sur les grandes épidémies dans le Nord de l'Espagne à la fin du XVIe siècle*. París. Bennassar, Bartolomé. 1975.

L'homme espagnol. Attitudes et mentalités du XVIe au XIXe siècle. Hachette. París.

Beaudel, Fernand. 1959. "Historia y Ciencias Sociales: la larga duración". En, *Cuadernos Americanos*. México, Nov.- Dic., Año XVII N°6. Págs. 73-110.

Besançon, Alain. 1968. "Psychoanalysis: Auxiliary Science or Historical Method". En, *Journal of Contemporary History*. 3: pp. 152-172.

Blanchard, William. 1967. *Rousseau and the Spirit of Revolt: A Psychological Study*. University of Michigan Press.

Bloch, Marc. 1939. "Les conditions de vie et l'atmosphère mentale", En, *La Société féodale*.

París. Curtius, Ernest Robert. 1953.

Literatura europea y Edad Media latina. México. Chaunu, Pierre. 1978.

La mort à Paris. XVIe – XVIIe - XVIIIe siècles. París. Defournneaux, Marcellin. 1963.

La vie quotidienne dans l'Espagne du siècle d'Or. París.

Duby, Georges. 1961. "L'histoire des mentalités". En, *L'histoire et ses méthodes*.

París. pp. 937-966.

Dupront, Alphonse. 1959. *Le mythe des croisades. Essai de sociologie religieuse*. París.

Febvre, Lucien. 1938. "Histoire et psychologie". En, *Encyclopédie française*. T. VIII.

Febvre, Lucien. 1943.

Rabelais et le problème de l'incroyance au XVIe siècle. París. Flottes, Pierre. 1965.

- L'histoire et l'inconscient humain. Ginebra.
Freud, Sigmund and William Bullitt. 1967.
Thomas Woodrow Wilson. Boston.
Huizinga, J. 1965. El otoño de la Edad Media. Madrid.
Inkeles, Alex and Daniel Levinson. 1954. "National Character: The Study of Modal Personality and Sociocultural Systems". En, Handbook of Social Psychology. Gardner Lindzey (Ed.) Vol. IV. Massachusets. pp.415-506.
Jardin, Anne. 1971. The First Henry Ford: A study in personality and business leadership.
Cambridge: MIT Press.
Klauber, John. 1968. "On the dual use of historical scientific method in Psychoanalysis". En, International Journal of Psychoanalysis, 49: pp.80-88.
Kany, Charles. 1932. Life and manners in Madrid, 1750-1800. U. of California Press.
Lefebvre, G. 1932.
La Grande Peur de 1789. París.
Le Goff, Jacques. 1974. "Les mentalités, une histoire ambiguë". En, Jacques Le Goff y Pierre Nora (Eds.), Faire de l'histoire, Vol. III. Nouveaux Objets. Ed. Gallimard. pp. 75-94.
Le Roy Ladurie, Emmanuel. 1959. "Histoire et climat", En, Annales (E.S.C.). Enero. pp. 3-34.
Le Roy Ladurie, Emmanuel. 1960. "Climate et récoltes aux XVIIe et XVIIIe siècles". En, Annales. (E.S.C.). pp. 434-465.
Levy-Bruhl, Lucien. 1922. La Mentalité primitive. París.
Mandrou, Robert. 1968. "L'histoire de mentalités". En, Encyclopaedia universalis. Vol. VIII, París, pp. 436-438.
Mazlish, Bruce. 1968. "Group Psychology and Problems of Contemporary History". En, Journal of Contemporary History. 3: pp.163-177.
Mellafe Rolando. 1981. "El acontecer infausto en el carácter chileno: una proposición de historia de las mentalidades". En, Atenea. N° 442, octubre. U. de Concepción. pp. 121-128.

Mellafe, Rolando. 1982. "Prólogo". En, Orígenes de la vida económica Chilena, 1659-1808.

Armando de Ramón y José Manuel Larraín. Santiago.

Mellafe, Rolando, René Salinas (inédito). Sociedad y población rural en la formación de Chile actual: La Ligua 1700-1850. Menéndez Pidal, Ramón. 1963.

El padre Las Casas, su doble personalidad. Madrid.

Rogow, Arnold. 1969. "Private Illness and Public Policy: The cases of James Forrestal and John Winant". En, The American Journal of Psychiatry. 125: pp. 1093-1097.

Stanard, David E. 1977. The puritan way of death. A study in Religion, Culture and Social Change. Oxford University Press.

Tenenti, Alberto. 1952. La vie et la mort a travers l'art du XVe siecle. Armand Colin, París.

Walfenstein, E. Víctor. 1967. The Revolutionary Personality: Lenin, Trotsky, Gandhi. Princeton University Press.

NOTA

Cuadernos de Historia Nº 2. Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile. Julio de 1982, páginas 97-107. Sitio desarrollado por SISIB, Sistema de Servicios de Información y Bibliotecas Universidad de Chile. ■

Pintura de Chichiltote haciendo piruetas

